

LA TORMENTA Y RAMON

Por la transcripción

Jaime Miró-Granada Gelabert

No cabe duda de que la tormenta, es el fenómeno meteorológico que causa un impacto más sobrecogedor en el ánimo del que la contempla, especialmente si se halla situado en el ámbito de actividad de la célula convectiva que la constituye. Tanto si la tormenta crece y madura en lo alto de la serranía, por cuyas cañadas y valles rugen los vientos fríos catabáticos y los ecos desarrollan en serie los estrépitos del trueno, como si en la llanura desolada contemplamos sobre nuestra cabeza, de pelos erizados por el miedo y por la electricidad estática, los mamatocúmulos precursores del chubasco, ante la amenaza de servir de pararrayos súbito y definitivo, por aquello del poder de las puntas que la Física enseña.

Y en el mar. Cuando alejados de la costa, desde la frágil barquichuela en la que habíamos depositado nuestra esperanza de flotabilidad con anhelo de conseguir, después de ímprobos esfuerzos y paciencia enorme, unos cuantos luminosos, escuálidos e inocentes pescaditos, vemos acercarse, cual apisonadora amenazante, el frente de cumulonimbos precedidos de la línea espumeante de agua del mar, levantada por las corrientes descendentes de aire frío; el cielo se oscurece cada vez más y, por contraste, el blanco de las velas, y de las cubiertas de la barca, y del tope del mástil, se hace más blanco, más lívido, más "fluorescente", y el relámpago hiere nuestra retina y el trueno parece anunciar el desplome de una cascada; también nuestra piel, y en especial la del rostro, se decolora sin que nos atrevamos a estudiar con detenimiento, en aquel instante, la clase o marca del detergente productor de tal albura.

Si, además, el observador de la tormenta es particularmente sensible a la belleza y grandiosidad del fenómeno, tiene alma romántica o simplemente un espíritu receptivo, sensible como una emulsión fotográfica, es capaz de describirnos, en su totalidad o en detalles, aspectos de la tormenta recogidos detrás de su particular prisma que pueden servir de contrapunto y refuerzo a las teorías o concepciones, más áridas, que nos presentan los investigadores científicos del fenómeno. El primer ejemplo que puede ocurrírse nos es recordar los conocidos y onomatopéyicos versos de Zorrilla en "La Tempestad", o bien los que dedica Costa y Llovera al "Pino de Formentor" que ... --- "siente el ala enorme, que el vendaval domina, su copa es tremecer"...

* * *

Pero contemplemos una tormenta, y otros meteoros, a través del prisma curioso de las "greguerías" de Ramón Gómez de La Serna. La ecuación: greguería = humorismo + metáfora, y a la que algún autor ha agregado un término más, metafísico, aunque creemos que habría realmente que aplicar a este término un factor ponderal muy pequeño, permite ver las realidades bajo un punto de vista muy singular, puesto que, como otro autor señala, las greguerías son -- los sacapuntas de las ideas.

Naturalmente, que algunos fenómenos meteorológicos y en especial algunos detalles de las tormentas no podían dejar de ser convertidas en greguerías por Ramón. Probemos de engarzar algunas de ellas, que dejaremos entrecuilladas, con el intento de formar con su conjunto una visión ramoniana de una situación meteorológico-tormentosa.

"Las gotas de rocío son unas lágrimas anticipadas por lo efímero que es el día que nace". El cielo está claro, tan solo "hay unas nubes largas y finas que son como costillas del cielo". Parece que el tiempo va a ser bueno y no hay "señal más verídica del buen tiempo que ver a un alemán con un divieso en la nuca". Pero conviene mirar el barómetro, "me gusta, porque es un reloj que no suena. --

¡Hasta señala las tempestades silenciosamente!". El barómetro nos ha advertido y el cielo se va cubriendo; mas -- "hay días grises que parecen amanecer con cataratas pero en seguida son curados por el Gran Oculista". Hoy no, hay "corren mucho las nubes que parece que acuden presurosas a un incendio que se ha declarado en el horizonte", según constata el observador de Meteorología, cuyo "mejor destino es el de supervisor de nubes acostado en una hamaca mirando al cielo".

Empieza a soplar el viento, y la "veleta, de la cual salió la ruleta" al parecer, gira y "¡qué pocas letras enseña al viento la veleta!". Pero arrecia y ruge, pues --- "existe un viento que suena como si la naturaleza estuviese mal de los bronquios".

Ya la "tormenta morada trae tinta en sus nubes" y "se anuncia enviando un telegrama al dedo gordo del pie". Huyen los pájaros y "las alas de las palomas grises son retazos de tormenta". "El primer trueno, es el toque del -- tambor de órdenes de la tormenta", como "la caída de un baul por las escaleras del cielo". "Al oír el retumbar maderero del trueno se ve que estamos debajo de la tarima del cielo", pero "si se operasen las amígdalas al cielo se acabarían los truenos".

"La tormenta comienza con un gran portazo conyugal, - como si la diosa se hubiese marchado violentamente dejando al dios encolerizado". "En las tormentas hay truenos - sin rayos porque su rayo se ha traspapelado, y por lo mismo hay rayos con olvido de su trueno correspondiente".

"Las primeras gotas de la tormenta bajan a ver si hay tierra en que aterrizar". "la lluvia sobre el estanque -- imita juncos de agua", mientras que "cuando la gárgola vomita sobre un paraguas se oye el verdadero tambor de la lluvia". Por otra parte, si la tormenta es matutina "el chaparrón en el alba es una lluvia de clavos fríos".

Ya "el toro de la tormenta ha desbandado el gentío" ; ésta manifiesta toda su grandiosidad y "se ve al Profesor Supremo escribiendo y borrando cálculos eléctricos en la

pizarra del cielo" y "es durante la tormenta cuando hay - que aprovechar para poner en hora los barómetros". Ramón dice que "Franklin salía los días de tormenta con un paraguas dotado de pararrayos" y es muy probable que fuera -- así, digo yo, habida cuenta del resultado de sus experiencias y juegos con sus conocidas cometas. La tormenta ha - entrado en su fase de madurez y se aleja, pero "si en la noche se quedase encendido un relámpago en el cielo, se - vería su fondo anatómico, sus baúles y sus muebles arrum- bados, además de las sombrereras de los sombreros de copa del Señor". Pero .la tormenta nos trata a veces como po- bres de pedir limosna.... Nos arroja unas cuantas monedas de diez céntimos y después se va". Aparece entonces el arco iris, "el arco iris, que es la bufanda del cielo".

Ha cesado la tormenta; así en conjunto hemos podido - contemplarla nosotros formando el mosaico con las gregue- rías que, como a destellos, captara el genial Ramón Gómez de la Serna, al cual, por otra parte, le podemos perdonar los profesionales el desliz que cometiera, quién no lo -- tiene, con su greguería famosa "Meteorología: mentirolo- gía". Vds. perdonen.

Observación meteorofenológica

